

objeto. Se queja todo el tiempo de que los europeos no han reconocido la filosofía americana (o el pensamiento) y la literatura no ha sido reconocida como tal hasta este siglo. Me gustaría que explicara (salvo Sor Juana, Caviedes y algunos más) cuál es la literatura latinoamericana antes de 1850, por ejemplo la de Chile o Argentina. Cuando habla de los estudiosos que han dirigido sus miras a Latinoamérica (los extranjeros, claro), los llama «intelectos extraños»: es decir, que no forman parte de la indigesta «identidad» (latinoamericana, española o alemana, tanto da). El mundo cultural foráneo debe ser comprendido por una «conciencia crítica latinoamericana», escribe Rojas. ¿Qué será esa conciencia crítica que la hace diferente de la conciencia crítica de Voltaire, Aron, Ortega o Bobbio? Los científicos extranjeros, escribe Rojas, «pueden y deben nutrir nuestra ciencia, pero muy distinto es que nos hagan comprender nuestra realidad». Ah, y si ocurre ¿qué? Rojas lo negaría, claro. Más píldoras: «La exterioridad interpretativa sólo puede falsear la realidad, pues estudia a América como se estudian las ciencias naturales». Rojas parece que no ha asimilado bien o no ha pensado por su cuenta (aunque yo creo que demasiado por su cuenta, y se le nota), pues está repitiendo, de manera lata, a Spengler, que pensaba que las culturas no se podían «comprender» entre sí, sólo explicar su exterioridad. ¡Caramba!

### Los 1.001 años de la lengua española

Antonio Alatorre

Fondo de Cultura Económica

Primera reimpresión, México, 1991.

Este ilustrativo y al par divertido libro también podría llamarse así: *1.001: una odisea de la lengua*. En primer lugar hay que decir que ésta es la primera historia

de la lengua española que se ha escrito en Hispanoamérica y, característica también importante, está escrita en un tono ameno, inteligente, literario, sin perder la rigurosidad y un profundo saber tanto en los aspectos propiamente lingüísticos como literarios. Los procedimientos nos lo cuenta en el prólogo el mismo Alatorre, y son más o menos éstos: ausencia de bibliografía en las notas a pie de página, nada de aparato crítico, pocas abreviaturas. Es un libro no dirigido a los profesionales y carece de lengua técnica. El lector imaginario de Alatorre es el «lector general», no alguien inculto sino no especializado en estos menesteres.

A diferencia de otras historias de la lengua, ésta no dedica un capítulo aparte a la historia de la lengua en América, sino que, comprensiblemente, la inserta en una noción de unidad. El comienzo de nuestra lengua no puede ser datado, lo más que se alcanza es a señalar la fecha de unas anotaciones marginales, mezcla de latín vulgar y otras lenguas ibéricas. Pero una cosa es la lengua escrita y otra la lengua hablada, y el español, cuando comenzó a escribirse abandonando el latín como lengua culta en la que se escribían los documentos y demás textos, era ya una realidad cotidiana, tenía uso. Así que el guarismo que remite a las noches árabes tiene un uno que señala a lo inacabado, a lo impreciso.

La obra se abre con una visión panorámica de las lenguas indoeuropeas para llegar al latín, la España árabe y su importancia en la formación léxica de nuestra lengua, el nacimiento del castellano, su consolidación, el apogeo y el español moderno.

Quien ha escrito un libro así, lo sabemos, es un gran amante de nuestra lengua y de nuestra literatura, un conocedor lúcido y lúdico al que debemos pedir que —pero sin amenaza de decapitación— nos siga contando esta historia de la lengua que es la de nunca acabar.

**J. M.**



# Los libros en Europa

## Los indoeuropeos y los orígenes de Europa

Francisco Villar

Editorial Gredos, Madrid, 1992

La colección de Manuales, de Gredos, publica este erudito y sugestivo libro de Francisco Villar sobre los orígenes del indoeuropeo y su presencia en las lenguas europeas, además de explicar quiénes eran los indoeuropeos, qué sabemos de ellos, cómo era su lengua, la presencia de los indoeuropeos en la historia, en España concretamente, para concluir con un capítulo sobre dialectología e historia. Libros como éste son escasos en nuestro panorama cultural endogámico y debemos agradecer que alguien tenga esta curiosidad y paciente dedicación.

Francisco Villar inicia su obra indicando que no hay ningún resto de escrito que haya podido llegar hasta nosotros para informarnos de aspectos relativos a su cultura y lengua, así que todo lo que se sabe y puede saberse sobre nuestros antepasados babilónicos se conoce a partir de elementos que han sobrevivido en la lengua de los pueblos históricos que descienden de ellos. Se ignora cómo se llaman a sí mismos los denominados «indoeuropeos», por lo que este término es producto de una convención de la lingüística comparada y no un dato lingüístico-antropológico. Hasta el siglo XVIII era poco lo que se sabía sobre los orígenes de las lenguas europeas, porque «las ideas vigentes en los siglos XVI y XVII sobre las lenguas eran más bien precarias y sucintas. La tradición greco-latina no se había preocupado dema-

siado de las lenguas que hablaban los numerosos pueblos conquistados y romanizados. Y las circunstancias religiosas y sociales de la Edad Media no habían sido precisamente propicias para subsanar esas deficiencias». (Para este *ninguneo* referente a las lenguas y culturas de los vencidos, ver en esta misma colección el atractivo libro de Friedrich Karl Kienitz, *Pueblos en la sombra*.) Durante el Medievo, las dos grandes lenguas (no maternas), el latín y el hebreo, eran concebidas como inmutables e inalterables. Francisco Villar hace un repaso en su introducción a el nacimiento de la lingüística comparada en relación a el sánscrito y, lo que ya comenzó a intuirse a finales del siglo XVIII, la existencia de una lengua anterior, común a las grandes lenguas europeas, lo que ahora se llama el indoeuropeo. Libro, pues, que mezcla la erudición con la divulgación, sin que esto último desmerezca, antes bien es un rasgo de inteligencia y de claridad.

## Sade

Béatrice Didier

Traducción de Hugo Martínez Moctezuma

Fondo de Cultura Económica, México, 1991

No sé si resulta agradable leer a Sade, pero sin duda es una obra que da que hablar, segrega pensamiento. El libro de Didier es inteligente y tiene observaciones curiosas. Ve el interés de Sade en su enclaustramiento. Lo que interesa al lector moderno es precisamente el mundo de puertas cerradas, como el de Kafka o Genet. El castillo replegado sobre sí mismo, y así vuelto excrecencia imaginativa, proliferación. Esa fue la biografía de Sade, pero en sus obras no buscó los lugares abiertos, sino que situó a sus personajes (a las víctimas de su álgebra) en espacios cerrados. Obra espacial, el tiempo del deseo disipa en él su vértigo. En el castillo, nos dice Didier, el mundo ha sido expulsado y así vencido. Es lógico que una obra enclaustrada tenga al incesto por imagen central. Para Sade, según nuestra autora, el incesto y la escritura operan de la misma manera, son las grandes transgresiones, porque pone en entredicho todo el código social y el código de los signos. ¿No fue encarcelado Sade, más que por sus actos, por sus escritos? Tal vez hubiera podido decir Sade que el incesto fue su

Beatriz Didier reivindica a un Sade que jamás asumió la culpa por la cual lo encarcelaban, al crítico de la pequeña moral burguesa, al casi feminista (¿quién lo diría?) que llegó a afirmar: «Jamás puede ejercerse un acto de posesión sobre un ser libre; es tan injusto poseer exclusivamente a una mujer como lo es poseer esclavos». Un espíritu firme que nunca se doblegará, así se veía él mismo, «el prisionero de sí mismo», como lo vio Paz en uno de sus poemas. Béatrice Didier termina su libro definiendo la obra de Sade como «un lenguaje de la rebelión dispuesto a hacer estallar todas las prisiones de los hombres; de los prejuicios, de las palabras, de esa prisión interior que cada uno lleva en sí y que las naciones no cesan de reproducir», etc. Por suerte no todo el libro es así. Ver en Sade al gran libertador de nuestra interioridad es ir demasiado lejos. Sade no vio jamás al otro sino como un momento del proceso de transgresión, jamás como un ser que pudiera ser querido o adorado, amado. Ni el erotismo ni el amor, tampoco la piedad, la compasión y otras formas de la pasión exaltadora del otro, se da realmente en su obra. Si Sade sigue teniendo importancia es porque podemos ver en su obra, entre otras cosas, una gran puesta en escena de los delirios de la pasión geométrica: lo único lo sometió a un proceso proliferante en el que se convertía en un momento de un proceso negador. Pero, en fin, éste es otro derrotero. El libro de Didier resulta interesante porque nos ayuda a discutir nuestras lecturas de Sade.

### Nuevos poemas

Rainer Maria Rilke

Traducción, introducción y notas de Federico Bermúdez-Cañete

Editorial Hiperión, Madrid, 1992

Esta traducción de *Los nuevos poemas*, llevada a cabo con competencia por Federico Bermúdez-Cañete viene a llenar un vacío en la edición española de la obra poética de Rilke. La primera parte fue editada en 1907 y la segunda en 1908. Forman parte de la segunda etapa poética de Rilke, entre *El libro de las horas* y las *Elegías de Duino*. Estos poemas están escritos después de que el poeta se separara de Lou Andrea Salomé y él se estableciera en Worpswede. Pero el momento decisivo, según nos cuenta

su traductor, fue a partir del conocimiento de Auguste Rodin, de quien fue admirador, biógrafo y secretario. En él vio, entre otras muchas cosas, al hombre entregado a su labor creativa. Rilke ambicionaba esta fusión entre vida y creación, tan característica de muchos de estos poemas. También aprendió de Rodin el «convertir la angustia en cosas»: transmitir la realidad más allá de sí mismo, en una obra autónoma. Poco más tarde hablaría de «poema-cosa». Inmediatamente después de Rodin, Rilke encuentra una solución a sus conflictos estéticos (y vitales) en la obra de Cézanne. La búsqueda de objetividad, de superar la subjetividad romántica, sería una constante en todos estos años. El «poema-cosa» sería esta superación de la subjetividad, dolorosa, que padecía el poeta. En una carta a Clara Westhoffle habla de la necesidad de no enjuiciar sino de decir para tratar de ser imparcial. «Sin embargo —nos dice Bermúdez-Cañete en su prólogo— por mucho que suena a Parnasianismo (con el que tiene en común el rigor formal, la cercanía a las artes plásticas y el antisubjetivismo), la estética de los *Nuevos poemas* se inserta en el Simbolismo, por su profundo arraigo en Baudelaire y su riqueza en imágenes, que a veces adquieren la categoría de símbolos, de claves metafísicas de lo real. Las «cosas» remiten en este libro, tan programado para la observación imparcial, no pocas veces a procesos interiores, a la intuición de mundos oscuros y polivalentes».

### El escultor en Palacio

J. J. Martín González

Ed. Gredos, Madrid, 1992

Este libro del profesor Martín González viene a cubrir cierta laguna en la estatutaria perteneciente al período de los Austrias. Como señala el autor, la estatutaria ha sido relegada frente a la arquitectura y a la pintura; sin embargo, gracias a esta obra vemos que su importancia no es nada despreciable. El libro es el resultado de la investigación llevada a cabo en los fondos de los Archivos General de Simancas y del Pacio Real de Madrid. Martín González ha considerado no solamente las grandes piezas sino también piezas de pequeño tamaño, como las imágenes de culto de oro, plata y marfil; la